

Enfoques posmodernistas ante los problemas del desarrollo y del medio ambiente

*H.C.F. Mansilla**

Con todo acierto Gonzalo Rivas¹ indicó que el ideal del desarrollo en cuanto intento de modernización nacional en América Latina se halla actualmente sumido en un proceso de decadencia, después de la conocida euforia que duró por lo menos de 1945 a 1980. Esta concepción normativa se está diluyendo, desalojada del centro de atención por la búsqueda del mero crecimiento y los equilibrios macroeconómicos. A esto han contribuido la declinación del interés por la industrialización a todo precio, el ocaso de la planificación

y el desprestigio del rol privilegiado conferido al Estado y a sus agencias. Hay ciertamente un desencanto creciente con la función primordial conferida hasta hace muy poco a la industrialización y a sus aspectos concomitantes cual la urbanización y la educación generalizada; se suponía que la industrialización iba a traer consigo la incorporación del más alto progreso técnico-científico, la difusión de pautas modernas de orientación y la posibilidad de crear innumerables puestos de trabajo bien remunerados para una población que



IZTAPALAPA 35

EXTRAORDINARIO DE 1994, pp. 151-168

* Investigador del Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios (CEBEM), La Paz, Bolivia.

crecía rápidamente y que con mayor celeridad aún abandonaba las áreas rurales. Se pensaba igualmente que el Estado planificador² debía jugar un papel impulsor y dirigente de primera magnitud: a él se le atribuía, por ejemplo, el rol esencial de transferir los presuntos excedentes de los sectores agrícolas y preindustriales hacia una industria moderna y altamente tecnificada. Existía una amplia noción de legitimidad en torno a la necesidad y al ritmo de la modernización, consenso que abarcaba a muy diferentes sectores sociales y partidos políticos, porque el desarrollo integral debía acortar la distancia frente a los países ya altamente industrializados y, al mismo tiempo, promover la paz social mediante la incorporación pacífica de los estratos menos favorecidos a la estructura productiva y distributiva. La planificación, las medidas proteccionistas, el estímulo a la industria doméstica y las bien conocidas ideologías del desarrollo acelerado en cuanto esfuerzo colectivo concertado y de largo aliento se hallan hoy, empero, en un contexto de crisis y cuestionamiento a nivel mundial, no sólo a causa de sus resultados decepcionantes, sino también debido a que la idea misma de nación se vuelve cada vez más difusa en un mundo donde las fronteras clásicas entre estados soberanos tienden a convertirse en obsoletas. La concepción neoliberal desestimula, por otra parte, políticas redistributivas —base importante para la actividad estatal-burocrática—, enfatizando la importancia de hacer crecer el Producto Interno Bruto del país respectivo y relegando a segundo término o incluso poniendo en duda la conveniencia de repartir “equitativamente” lo ya producido.

Enfoques posmodernistas pueden dar luces sobre este proceso y particularmente acerca del carácter

precario y contingente de los fundamentos que subyacen al desarrollo modernizante, tales como el Estado nacional, la administración eficiente de grandes unidades territoriales y la construcción de lealtades estables. En contra —o mejor dicho: al lado— de las teorías europeas³ más importantes sobre la formación de las naciones modernas se puede hoy postular la tesis de que ni el Estado en cuanto núcleo organizador de la nación (como en la mayoría de los casos después de la descolonización en África y América Latina), ni la nación en su despliegue orgánico-histórico engendrando al Estado (como en las grandes naciones-estados de Europa Occidental), ni la libre voluntad colectiva de dotarse de una identidad estructurada institucionalmente (como han propugnado concepciones revolucionarias), corresponden a la prosaica realidad del Tercer Mundo actual, donde los países se han ido construyendo simultáneamente de acuerdo con fragmentos de estas tres doctrinas, y probablemente en proporción mayor, según la obra de la casualidad. El restar relevancia a la visión clásica, a la jacobina y a la marxista nos conduce a ver en las naciones y los estados entes que no son siempre necesarios o favorables al proceso histórico y a la convivencia humana y más bien obstáculos para estos fines. Nos ayuda asimismo a superar concepciones tecnocráticas y burocráticas con respecto a las demandas de regionalización y descentralización: los deseos de los pueblos —por suerte— no siempre concuerdan con los criterios de la optimización técnica y financiera. La conformación de áreas de amplia autonomía, la federalización de un país y hasta la creación de nuevas naciones al desgajarlas de una mayor (como en el caso de las repúblicas bálticas y

de otras en los ámbitos de la Unión Soviética y Yugoslavia en 1991) ocurren generalmente en contra de las convicciones centrales de las tecnoburocracias, las cuales, independientemente de su ideología política específica, se inclinan con monótona regularidad por la *integración supranacional*, por la construcción de grandes economías de escala, por el desenvolvimiento armónico —es decir: homogéneo— de todas las partes y por una “sana” complementariedad de las unidades dentro de una concordia suprarregional regida desde el centro omnisciente. Si las tecnoburocracias aceptan la descentralización,⁴ lo hacen para que el resultado final sea el fortalecimiento global del Estado en su conjunto y a fin de que los impulsos liberados por la mayor autonomía regional sirvan a una *administración más eficiente de los recursos*, a una mayor dinámica de desarrollo utilizando sectores que hasta entonces manifestaban apatía y para lograr una acumulación más rápida partiendo de fuentes locales. En todo caso la descentralización no debería ahondar las diferencias entre las regiones, retardar el crecimiento económica o frenar la integración de áreas alejadas de producción y consumo.

Concepciones posmodernistas enfatizan, al contrario, el valor de la diferencia como algo de derecho propio: es esencialmente positivo que existan zonas con un desarrollo variado e incluso divergente (una de las principales desigualdades es, después de todo, la del nivel de ingresos), que crezcan como unidades de orígenes étnico-culturales distintos, que florezcan diversos credos religiosos y que ideologías contrapuestas puedan competir libremente por el favor del público. Muchas veces los pueblos no buscan sólo mejorar su estándar de vida o incorporar sus econo-

mías a organizaciones supranacionales de incuestionable racionalidad tecnocrática sino que pretenden vivir de manera autónoma y de acuerdo con tradiciones que únicamente desde la óptica del instrumentalismo eficientista parecen anticuadas y “superadas” por el avance técnico-económico. La crítica de la modernidad contribuye a cuestionar la actual economización de la política, es decir, la tendencia a ver lo razonable exclusivamente en el incremento de los índices de producción, productividad y consumo, y a considerar el llamado crecimiento cero, por ejemplo, como algo horriblemente negativo. Es cierto que las exigencias de la población a partir de mediados del siglo XIX han tomado una naturaleza tal que es imposible satisfacerlas sin un aumento constante de la esfera económica; antes los pueblos se contentaban con tener gobernantes que fuesen regularmente honestos y con impuestos que no los agobiaran demasiado. Frente a la marea actual de reclamos sociales, la crítica radical de los decursos modernizantes puede coadyuvar a comprender los estrechos límites que nuestro mundo eminentemente finito impone a cualquier evolución donde esté implicado un crecimiento continuo e incesante. Desde esta perspectiva se obtiene una visión más sobria y realista de los nuevos procesos de democratización en el Tercer Mundo, los cuales, como se sabe, han fomentado el surgimiento de demandas cada vez más exigentes de parte de los estratos menos favorecidos de la población, demandas, empero, que probablemente nunca podrán ser satisfechas del todo, por más justificadas que estén en los campos ético, religioso y político.

En otro plano, esta actitud crítica puede ser útil para que los individuos y las comunidades lleguen a

soportar una pluralidad permanente de disparidades culturales e ideológicas de toda clase y, lo que es mucho más difícil, puedan convivir con la existencia perdurable de diferencias socioeconómicas y político-institucionales. Hay que aprender a tolerar desigualdades de todo tipo (como la del nivel de ingresos y de acceso al poder político) y, por más cínico que suene, a comprender lo enriquecedor que hay en la naturaleza disímil y variopinta del género humano y de sus creaciones sociales. En contra de las grandes ideas convencionales alimentadas por la modernidad, habría que volver a entender que lo bello y lo razonable pueden estar en lo pequeño, lo heterogéneo, lo tradicional, lo curioso y lo aparentemente anacrónico, y también en experimentar la contigüidad de la opulencia y la modestia, del adelantamiento técnico y la preservación de viejos valores culturales, todo ello encarnado, por ejemplo, en regiones de un mismo Estado que exhibieran los grados más variados de evolución histórica y económica y cuyos conceptos de identidad y honor colectivos no se deberían reducir a imitar los resultados materiales de las naciones más exitosas. Se superaría así el ideal jacobino de igualar por la fuerza todas las comarcas de un país de acuerdo con los principios tecnocráticos de la élite de iluminados que dirige todo desde un centro privilegiado, que propende a eliminar la diversidad provincial que se ha conformado orgánicamente a lo largo de siglos.

Enfoques asociados al posmodernismo nos permiten advertir lo complejo de una situación signada en la actualidad por la crisis ecológica y demográfica y, por ende, por las falacias implícitas en las doctrinas del crecimiento ilimitado, del desarrollo sustentable y de la planificación centralizada. Grupos dilatados

de los estratos medios —independientemente de su filiación teórico-ideológica— derivan una porción de su poder del hecho de influir decisivamente sobre los procesos de planificación, los que a menudo no son más que posibilidades de manipular recursos humanos, financieros y naturales, presuponiendo, además, que las tres categorías configuran, en el fondo, una misma cosa. A pesar de la declinación del socialismo y de concepciones afines, algunos sistemas de planificación siguen gozando de una excelente reputación en el Tercer Mundo. Es probable que si todas las agencias planificadoras del planeta y sus funcionarios desaparecieran súbitamente a causa de algún cataclismo sobrenatural la humanidad no sufriría el más remoto perjuicio. Así se eliminaría además un conjunto de instancias que nunca fueron realmente proclives a la democratización de la vida pública,⁵ a ideas innovadoras y a la formulación de soluciones originales. Como puede demostrarse en el caso de la problemática ecológica, los planificadores descubrieron la relevancia y las bondades de la protección al medio ambiente cuando estos temas ya se habían convertido en un lugar común de la discusión científica pública.

En este contexto es indispensable llamar la atención sobre el hecho de que prácticamente todas las concepciones en torno a la evolución del Tercer Mundo parten aun hoy del mismo axioma de que es posible y deseable un crecimiento *ad infinitum*; hasta las teorías más diferenciadas que dicen considerar criterios ecológicos, como las del desarrollo sostenible o sustentable, estiman que un decurso evolutivo calificable como positivo tiene necesariamente que incluir un incremento continuo del ingreso *per capita* de la población, una expansión de la estructura pro-



ductiva, un aumento de la producción agropecuaria y un mejoramiento sustancial de los servicios educativos y de la seguridad social. Aunque la euforia estrictamente industrializante ha amainado de manera perceptible en toda América Latina, todavía se puede constatar que los procesos de industrialización y urbanización conforman el núcleo de los diseños modernizantes, y por consiguiente, la porción esencial de la (nueva) identidad colectiva en casi todas las llamadas sociedades periféricas. Ahora bien, la casi totalidad de estos buenos propósitos, empezando por el de mejorar el ingreso promedio de los habitantes de modo persistente, conlleva mayores cargas sobre el medio y presiones crecientes sobre los recursos naturales y energéticos; ya sea para asegurar el empleo pleno o para mejorar la salud, la vivienda y la educación pública, se requiere indiscutiblemente un incremento continuo —y hasta exponencial— del conjunto de la economía del país respectivo.⁶ El congelamiento del Producto Interno Bruto o el crecimiento cero toman entonces el carácter de inaceptables para casi todas las corrientes político-ideológicas prevalentes en el Tercer Mundo. La realidad de un mundo finito con recursos decrecientes y limitaciones acrecentadas constantemente, manifestadas por la capacidad cada vez más reducida de autorregeneración de los ecosistemas (como es el caso de los bosques tropicales), sugiere la muy alta probabilidad de que todos los intentos de un desarrollo pleno y de una modernización completa para las naciones del Tercer Mundo permanezcan en el terreno de lo ilusorio o conduzcan a una catástrofe ecológica universal. Todas las ideas básicas subyacentes a estos grandes proyectos históricos provienen del acervo de la modernidad

—la bondad liminar de la industrialización y la urbanización, la índole no problemática del crecimiento económico incesante, la perspectiva de un progreso perenne— y lo que ahora está en crisis es el fundamento mismo de esa modernidad, que ha mostrado ser poco crítica consigo misma y contener los elementos para la autodestrucción del género humano.

En este contexto es indispensable mencionar que importantes corrientes de opinión científica han puesto en duda los planteamientos y los pronósticos de los ecologistas, en especial la idea de que el incremento incesante de la población, de la presión humana sobre la naturaleza y de la producción industrial acabaría por agotar la capacidad del planeta para sostener el aumento demográfico y el del ensanchamiento de la base industrial. Se abre camino a una concepción más optimista en torno a la capacidad regenerativa de los ecosistemas y, en general, acerca de la facultad del hombre de superar hábil y pacientemente todos los obstáculos con que tropieza en su vía hacia un mayor desarrollo. Doctrinas ecologistas y conservacionistas han sido calificadas de oscurantistas, ya que el crecimiento de la población, del consumo y de la industria habría estimulado la innovación tecnológica, la sustitución de recursos naturales escasos y la búsqueda de nuevas soluciones para problemas concretos del medio ambiente. Por lo demás, esta relativización del pensamiento ecologista subraya enfáticamente que sólo las sociedades capitalistas más ricas y avanzadas pueden originar una conciencia socialmente relevante sobre los peligros de la contaminación ambiental y, al mismo tiempo, disponer de los fondos necesarios para superar los desarreglos ecológicos. Una protección efectiva de los ecosistemas

estaría vinculada a un grado muy elevado de evolución capitalista.⁷

Algunas de estas objeciones al pensamiento ecologista son bastante plausibles, particularmente las referidas a la predicción de una catástrofe inminente y al anunciado agotamiento irreversible de variados recursos. No debe subestimarse, por otra parte, el papel benéfico de las innovaciones tecnológicas que reduce los fenómenos de polución ambiental y que sustituyen materias primas. Pero aun así se trata de paliativos con un radio de acción de pocas décadas —y factibles únicamente en algunas sociedades ya muy adelantadas—, que posiblemente no tengan un efecto decisivo en un horizonte temporal de largo aliento y de gran extensión geográfica. El crecimiento demográfico de orden exponencial en el Tercer Mundo y la acumulación de demandas socioeconómicas de enormes masas cada vez mejor informadas podrían neutralizar aquellas mejoras debidas a los progresos tecnológicos, máxime si el aumento poblacional tiende a exhibir, como señaló Jacques-Yves Cousteau,⁸ aspectos propios de un tumor canceroso, como la expansión incontrolable, la colonización de zonas lejanas (metástasis) el suicidio del cuerpo enloquecido. Las teorías del desenvolvimiento sostenible pasan por alto estos factores potenciales.

Las versiones más complejas del desarrollo sustentable, como el *Informe Brundtland*, la nueva propuesta de la CEPAL y el llamado de la Internacional Socialista a detener la degradación ecológica,⁹ carecen de una credibilidad liminar porque los grupos que consuetudinariamente las han sustentado (planificadores de las burocracias estatales, partidos socialistas y socialdemocráticos, sindicatos e instituciones

afines), han pertenecido durante varias décadas a los más fervientes partidarios del progreso material a ultranza, de la industrialización acelerada y de la modernización a toda costa y porque sus lineamientos teóricos fundamentales han exhibido hasta hace muy poco un marcado menosprecio por la temática del ambiente. La falta hasta hoy de una autocrítica referida a sus cimientos doctrinales tiende, evidentemente, a mantener baja la mencionada credibilidad. Las alusiones al medio en estos informes son periféricas; sus apelaciones a la protección de los ecosistemas son francamente marginales y están supeditadas al crecimiento económico y limitado a nivel mundial (para que los frutos del progreso material lleguen alguna vez a todos los pueblos del planeta). El *Informe Brundtland* afirma tajante que el “crecimiento económico no tiene límites fijos”¹⁰ y trata la temática de la explosión demográfica con una ambigüedad digna de las organizaciones burocráticas internacionales que soslayan en forma deliberada la toma de posición acerca de problemas candentes. Además, estos documentos propician un crecimiento constante de las economías de los países centrales para que hagan de “motor” con respecto al resto del mundo, sin considerar las enormes sobrecargas que todo ello significaría para los ecosistemas. La solidaridad con las generaciones futuras, que por suerte dejan entrever estas declaraciones, entra en contradicción con programas de desarrollo que no contemplan las limitaciones ecológicas y de recursos ya citadas, máxime si la meta normativa explícitamente pretendida para todo el mundo es un grado de bienestar básicamente similar al ya existente en los países metropolitanos y el camino hacia tal fin resulta ser el muy convencional del de-

senvolvimiento acelerado.¹¹ Por lo demás, estos informes bienintencionados nos despliegan una estrategia clara y enérgica contra la expansión demográfica, que junto al rol depredador de toda modernización, acorta sensiblemente el horizonte temporal dentro del cual se podría aún formular algún designio viable para salvar los ecosistemas en peligro.

Como indicó José Manuel Naredo,¹² las nuevas teorías del desarrollo sostenible retoman “la vieja pretensión fisiocrática de acrecentar las ‘riquezas renacientes’ sin menoscabo de los ‘bienes de fondo’.” El desarrollo sustentable a gran escala erosiona tanto las riquezas renovables como los bienes de fondo de índole finita e inelástica; de ahí que resulte una falacia de opinión tan generalizada de que *primeramente* debería forzarse aun más la explotación de los recursos naturales y los procesos de modernización e industrialización, para *luego* ocuparse de la conservación de los recursos y de la protección del ambiente. Además, todos estos ensayos de desarrollo sostenible destacan, como lo señaló Hans-Jürgen Harborth, por declaraciones altisonantes con respecto a los enunciados teóricos generales y en forma simultánea por estrategias específicas bastante confusas —tanto más cuanto más se acercan al nivel de la praxis cotidiana, donde el consenso sobre lo que se debe proteger y lo que aún se puede depredar se diluye rápidamente.¹³ Se trata, en el fondo, de enfoques armonicistas que presuponen ingenuamente que todos los dilemas mundiales y, por lo tanto, los problemas del desarrollo, aun los más graves, pueden ser integrados en una gran síntesis donde todo se resuelve finalmente en favor de la evolución expansiva del género humano.¹⁴ No es superfluo recordar que estas doctrinas

armonicistas, que descansan en visiones dialécticas de la historia universal, incluyen prosaicos planteamientos redistributivos bajo el rótulo de ecodesarrollo: uno de los objetivos consistiría en repartir "equitativamente" los frutos de la civilización industrial alcanzados en las naciones metropolitanas del Norte en favor de los países pobres del Tercer Mundo.¹⁵ Se trata de un propósito totalmente ilusorio porque están involucradas dos clases de población de magnitud física, ritmo reproductor y pautas de comportamiento *enteramente diferentes e incluso incongruentes*. También es pertinente recordar que los enfoques del desarrollo sustentable no se apartan de una lógica muy convencional, signada por el antropocentrismo, las reflexiones de corto aliento histórico y la carencia de genuinas alternativas en lo referente a las metas normativas. En ellos los factores finitos, escasos e inelásticos —como los recursos naturales, los ecosistemas y, en suma, el planeta Tierra— están subordinados a procesos de dilatación con tendencia a lo ilimitado e infinito, tales como el crecimiento demográfico, el desenvolvimiento económico y el incremento del nivel de vida. De acuerdo con el *common sense* y con una óptica histórico-crítica, la cosa debería suceder al revés.

La modernización imitativa en las sociedades periféricas ha significado un progreso muy reducido y problemático y ha conllevado, al mismo tiempo, la destrucción de sistemas de economía de subsistencia que tenían la enorme ventaja de estar bien adaptadas a medios ecológicamente precarios.¹⁶ Estas economías tradicionales gozan ahora de la reputación de haber sido proclives al estancamiento, al atraso tecnológico, a la tradicionalidad sociocultural y al con-

servadurismo político. Lo rescatable de ellas estriba en su aguda percepción de la vulnerabilidad de su medio ambiente, en su sentido de responsabilidad con respecto al futuro de los recursos y ecosistemas naturales y desde su visión ciertamente arcaica y simple, pero que ha tenido la inapreciable virtud de aprehender conjuntamente fragmentos de nuestra realidad, separados hoy por la alta especialización técnico-científica, y de comprender que ella es, después de todo, una sociedad de riesgo con porvenir inseguro. La falta de una perspectiva universalista de este tipo, que actualmente ya no posee relevancia sociopolítica, conduce a que las naciones del Tercer Mundo atribuyan una importancia muy reducida a sus problemas ecológicos, los que tienen, sin embargo —como en el caso de la devastación de los bosques tropicales—, una extensión cuantitativa y un nivel de gravedad superiores a aquellos de los países industrializados del Norte.¹⁷ Los estados socialistas de las periferias no han representado una excepción a este respecto: también ellos se han destacado por haber dilapidado recursos y asolado paisajes en un lapso de tiempo extremadamente breve. En pocas décadas han logrado desbaratar vastos ecosistemas que tardaron eras geológicas en ser formados, y a ello ha contribuido eficazmente un marxismo acríptico consagrado a celebrar el crecimiento económico y los adelantos de la tecnología.¹⁸ La carencia de instancias independientes de opinión y decisión frente al Estado todopoderoso coadyuva a dejarse fascinar por grandes proyectos con inclusión de la tecnología más avanzada, lo que ocurre paralelamente a dilatados procesos de urbanización y estatización.

La crítica de la modernidad puede contribuir igual-

mente a entender que asuntos relativos a la ecología, en contraposición a la economía, poseen una inclinación a lo disfuncional, entrópico e irregulable, a lo difícilmente cuantificable y a lo paradójico, y que no pueden ser explicados según los conceptos convencionales asociados a los juegos del poder y al principio de rendimiento y eficacia.¹⁹ El cuestionamiento del racionalismo occidental nos ayuda a comprender lo razonable de muchas concepciones y cosmologías promodernas, vinculadas a las tradiciones religiosas, a la magia²⁰ y a las prácticas arcaicas, que servirían para mitigar la furia destructiva que acompaña indefectiblemente a la razón instrumentalista. Rainer Albertz²¹ llamó la atención sobre las cualidades benéficas a largo plazo de algunos tabús de origen religioso-bíblico, precisamente en el terreno de los recursos naturales y energéticos: estas prohibiciones, cuya transgresión era sancionada con toda la dureza de una fe antigua, promovían el cuidado "ecológico" de reservas territoriales, evitaban la sobreutilización de animales y predios agrícolas, limitaban la necesaria violencia contra la naturaleza en general y preservaban áreas importantes de toda incursión técnica o militar bajo el manto de la santidad de ciertos espacios simbólicos. En la actualidad requerimos urgentemente un tabú semejante con respecto a los bosques tropicales, para que una fuerza ético-política, con la autoridad que antaño tenían las creencias religiosas, ayude a proteger las selvas de millones de campesinos sin tierra, de la codicia de las empresas trasnacionales de la madera, y en general, de las bendiciones del progreso material, lo que, a largo plazo, redundaría en provecho de toda la humanidad, al resguardarse, por ejemplo, una fuente riquísima de belleza natural. Este

argumento se manifiesta, a corto plazo, opuesto a los intereses de extensos sectores populares en peligro de extrema marginalización, pero es un deber moral pensar en los intereses de toda la humanidad a muy largo plazo, considerando, además, que la naturaleza no es una cantera sin derechos propios al servicio exclusivo del hombre. Es probable, por otra parte, que el carácter finito del planeta no permita que las sociedades del Tercer Mundo obtengan el mismo nivel de vida que los países altamente industrializados. Parece que muchos estándares de consumo son de índole oligárquica²² y que su popularización a escala mundial es una mera ilusión, por más que ésta se apoye en un sentido profundo de justicia social, alimentado por la ficción contemporánea de que todo tiene una solución técnica. La condición oligárquica de ciertas pautas de consumo y de algunos estilos de vida tiene la virtud inestimable de evitar (o, por lo menos, de retrasar) un agotamiento total de muchos recursos naturales y energéticos y, al mismo tiempo, de preservar fragmentos de buen gusto ante una marea de chabacanería de alcance universal. Aquí también hace falta un espíritu crítico y hasta escéptico, que no sucumba a las seducciones democráticas y tecnológicas de la modernidad.

EL ASPECTO PROBLEMÁTICO DEL POSMODERNISMO

Puesto que se trata de un fenómeno extremadamente complejo, las teorías localizables en el difuso campo del posmodernismo ostentan elementos muy positivos y lugares comunes, puntos de vista originales y banalidades dignas de caer en el olvido, aspectos

eminentemente prácticos y controversias de una tediosa erudición. Uno de los puntos socialmente más notables y valiosos del posmodernismo fue anticipado por la crítica del romanticismo²³ al naciente universo burgués: lo negativo de la modernidad residiría en la cuantificación de la vida, en la decadencia de los valores cualitativos, en la muerte de la imaginación, en el uniformamiento de lo social y lo cultural y en la aproximación utilitarista a la naturaleza. Frente a estos componentes del proceso de modernización, los enfoques posmodernistas ponen énfasis en el rescate de la tradición o en alternativas que a menudo tienen el aire de lo inesperado y extravagante: la mística, la casualidad, la magia, la heterogeneidad, el retorno a la naturaleza, la revalorización de las culturas preindustriales y extraeuropeas, el rol de la fantasía y la convicción de que la razón occidental no es ni la culminación ni un fragmento privilegiado del saber universal. Es de justicia mencionar que el surrealismo y particularmente la obra de André Breton adelantaron aspectos primordiales del posmodernismo. Su brillante ensalzamiento de la imaginación²⁴ y su caracterización del realismo como algo básicamente mediocre, petulante y odioso²⁵ posibilitaron a Breton comprender tempranamente que el pensamiento occidental tendía en general a establecer un dominio unilateral de la lógica y a eliminar la voz de la naturaleza en el sujeto. El surrealismo contribuyó a un renacimiento de la mística y de las filosofías orientales que ven en la conciencia individual una ilusión, un enjambre de sensaciones y concupiscencias, permitiendo estimar a la razón también como una instancia que censura otras posibilidades de percepción y coarta el acceso a otros niveles de la realidad. Breton



realizó un esfuerzo ejemplar para recuperar esos espacios vituperados del subconsciente,²⁶ combatiendo la aversión a lo maravilloso contenida en la civilización occidental moderna y divulgando los valores que han producido la mística, la tradición premoderna y los artistas marginales, por un lado, y las culturas extraeuropeas, por el otro. (Hay que mencionar, empero, que el interés de los surrealistas por estas expresiones —al igual que de los posmodernistas— ha sido más bien superficial: se han servido de ellas instrumentalmente para criticar a la civilización occidental, sin penetrar demasiado en aquellos mundos exóticos.)

Los enfoques posmodernistas están justificados en cuanto intentan tematizar una especie de disolución de la modernidad, evitando postular la superación de la misma mediante un nueva etapa histórica. La era moderna ha experimentado cómo el progreso se convirtió en una mera rutina y cómo diferentes ideologías —desde el consumismo estadounidense hasta el marxismo oficial soviético— se consagran a celebrar lo *nuevo*, por el solo hecho de serlo, en detrimento de lo *viejo*, calificado sin más de caduco y anacrónico.²⁷ Cual sana reacción a esta obsesión, el posmodernismo pone en cuestionamiento la filosofía de la historia que subyace a estas opiniones populares, al negar la existencia de leyes y decursos históricos de carácter obligatorio. Las épocas que nos precedieron no pueden ser concebidas como meras etapas preparatorias para un desenlace feliz de la evolución humana, y la realidad momentánea no puede ser calificada de históricamente necesaria por el solo hecho de ser real. La impugnación del determinismo histórico devuelve a cada periodo evolutivo su plena valía, anula los

criterios que han servido para establecer jerarquías y gradaciones entre ellos; al no reconocerse una tendencia forzosa en la historia se abre precisamente la posibilidad de que los mortales puedan moldearla con cierta intencionalidad y autonomía. El posmodernismo ha subrayado, en forma simultánea, el papel decisivo de la *contingencia*,²⁸ es decir, de la naturaleza aleatoria de los sucesos, que bien podrían haber ocurrido de otra manera o no haber tenido lugar. No sólo los acontecimientos históricos, sino también nuestros edificios teóricos y nuestras concepciones de verdad y justicia están sometidas al juego del azar y la casualidad —no podemos escapar de nuestras circunstancias y nuestros prejuicios. En el contexto del posmodernismo toda fundamentación primera o última de una doctrina y todo imperativo de verdad se transforman, como anotó Gianni Vattimo, en algo superfluo.²⁹

Así como el legado más notable de la tradicionalidad es la diversidad organizativa, económica, cultural y político-institucional de las sociedades preindustriales, la aportación más relevante de los enfoques posmodernistas podría ser la defensa de la heterogeneidad de todo tipo y la crítica de los procesos de homogeneización y uniformamiento, que son propios e inseparables del capitalismo occidental y del socialismo marxista. Al no reconocer una cimentación inequívoca de la verdad y tampoco un propósito teleológico en el desenvolvimiento histórico, se diluyen los criterios para juzgar la superioridad o inferioridad de los diferentes sistemas de organización social, de los múltiples periodos evolutivos y de los resultados inherentes a distintas formas de convivencia humana. Desaparecen los parámetros de absoluta

certidumbre para evaluar y establecer jerarquías entre los productos generados por la pluralidad de pautas de comportamiento y estructuras institucionales; todos los fenómenos históricos, culturales y sociales resultan ser elaboraciones contingentes, y por lo tanto reversibles, del quehacer humano.³⁰ El posmodernismo cuestiona la corriente niveladora e igualadora de los tiempos modernos, a la que tanto contribuyeron los jacobinos, los marxistas y los antiimperialistas de toda laya; la teoría latinoamericana de la dependencia ha descollado por haber detectado en la *heterogeneidad estructural*³¹ el presunto fundamento del subdesarrollo del Tercer Mundo, propugnando de la manera más enérgica la remoción de tal obstáculo para la consecución del ansiado progreso material —visualizado en una sociedad más o menos homogénea— y para recuperar el interrumpido ritmo “normal” de la evolución histórica. El habitual discurso progresista ha supuesto que las irrupciones del “imperialismo” habrían sido culpables de originar o, por lo menos, de consolidar los fenómenos de la despreciable heterogeneidad estructural. Uno de los teóricos más conocidos del posmodernismo, Jean-Francois Lyotard, hizo resaltar la necesidad de “activar las diferencias”,³² preservar los pluralismos de todo tipo e impugnar las totalidades uniformantes. Como escribió Norbert Lechner, la revalorización de la heterogeneidad permite enfrentar la complejidad social sin un proceso de reducción y simplificación teóricas:³³ una multiplicidad de sentidos, la carencia de una perspectiva de obligatoriedad futurista y la reputación positiva de la incertidumbre abren la posibilidad de percibir más favorablemente lo variopinto y diverso del orden social actual, de obtener una visión

más sobria y desencantada de los inmensos problemas del mundo presente, de cuestionar los grandes aparatos centralizantes como el Estado, la burocracia y el partido y, en fin, de comprender mejor el papel de los conflictos y la índole lúdica del proceso democrático.

Es indispensable, por otra parte, consignar los lados oscuros del posmodernismo. Pensadores adscritos a tendencias marxistas ven en él una barrera a la praxis y al pensamiento emancipatorios. Arguyen que las teorías posmodernistas son insensibles a aquella realidad conformada por la opresión social y la explotación económica.³⁴ Pero aun sin compartir esta posición, se vislumbra en el posmodernismo un claro desinterés por la historia como proceso global, por la praxis política emancipatoria y por las metas de todo proceso evolutivo.³⁵ La negativa a efectuar jerarquizaciones entre la variedad de fenómenos sociales puede comprenderse como una indiferencia liminar frente a las opciones políticas del momento y como una pérdida de capacidad para elaborar un horizonte de sentido histórico.³⁶ Entre las consecuencias de esto se hallarían la impasibilidad ante la suerte de la democracia, la carencia de una concepción política estable y la apología del sistema existente en un momento dado porque éste representaría el marco general de referencia que sería superfluo sobrepasar. El posmodernismo parece así conllevar un efecto político conservador, a lo que se asociaría un sentimiento muy extendido de desconcierto, desencanto y escepticismo con respecto a los designios humanos de transformar o mejorar el mundo.

Estas actitudes y secuelas que acompañan al posmodernismo tienen que ver con su herencia nomina-

lista y positivista, con su desdén exagerado por las cuestiones históricas, con su negativa dogmática o establecer jerarquías de valores y evidentemente con su inclinación, así sea indirecta, a legitimar el presente y sus modelos sociales. La prohibición fáctica de elaborar juicios valorativos —cuyo fundamento teórico es altamente controvertido, por no decir poco convincente— conduce a que en las esferas de la ética y la política la praxis humana quede librada a una arbitrariedad bastante irracional; el resultado puede muy bien consistir en aquella “culminación de nihilismo”, a la cual los filósofos posmodernistas no son refractarios. Si se supone que todo es intercambiable con todo, se llega a consentir y hasta a celebrar la implantación de criterios meramente cuantitativos y a elogiar la declinación de los parámetros cualitativos; si se considera que todo es canjeable, sustituible y reproducible, entonces realmente *anything goes*. Esta conocida máxima de Paul K. Feyerabend implica, empero, que las diferencias entre democracia y dictadura, entre una acción benéfica y otra maligna, se diluyan en lo azaroso de los caprichos subjetivos. La crítica, muchas veces justificada, de lo sólido, de las identidades aparentemente consistentes y de las verdades avaladas por la tradición o por el poder político, puede ser proseguida por los posmodernistas de modo exorbitante hasta conseguir que todo pierda significación, que todo pueda ser combinado con todo y que desaparezca toda gradación entre las obras del arte y del saber. Esta intención, que configura uno de los puntos centrales del surrealismo,³⁷ puede ser también interpretada como el anhelo íntimo, y en el fondo decisivo, de integrar los fenómenos dispersos del universo en la conciencia individual: se

trataría, en última instancia, de una concepción armónica, de una renovación de la mística religiosa y de un curioso resurgimiento de la incriminada filosofía de la identidad y de las censuradas doctrinas clásicas de carácter globalizante, resurgimiento de nociones contrapuestas en el fondo del posmodernismo, el que, de acuerdo con la moda del día, adoptaría un aire desenfadado, irónico, desordenado y poco preocupado por la coherencia interna del propio edificio teórico.

En todo caso, los enfoques posmodernistas, en su apología del nihilismo y del *anything goes*, terminan por calificar al humanismo de una simple nostalgia restaurativa, de una añoranza por Dios y por un sujeto imaginarios.³⁸ Según esta visión el humanismo se reduciría a una ilusión pasajera, el yo consistiría en un receptáculo casual de sensaciones y pasiones, y la filosofía y la religión representarían sólo ideologías, es decir, argumentos destinados a legitimar y coonestar intereses materiales. Los mortales podríamos aspirar entonces únicamente a una idea pragmatista y relativista de la verdad: ésta se limitaría a lo que nos resulte conveniente en un momento dado.³⁹ La conciencia moral sería una falacia; el derecho natural una ficción; los ideales de la emancipación una teoría entre otras; los grandes conflictos sociales y los debates políticos meros juegos lingüísticos; los derechos humanos una convención aleatoria. Esto trae consigo la abdicación de las facultades críticas de la filosofía y de las ciencias sociales y, por consiguiente, la transformación de éstas en algo muy modesto: según Richard Rorty,⁴⁰ la superficialidad y la ligereza de la filosofía posmoderna, interpretadas por él como elementos positivos y constituyentes de la mis-

ma, coadyuvarían a desencantar el mundo y a convertir a sus habitantes en seres pragmáticos, más tolerantes, liberales y receptivos con respecto a las bondades de la racionalidad instrumental.

Contra estos frívolos excesos y las francas necesidades del posmodernismo hay que insistir en un concepto enfático de verdad y en la necesidad de algunos criterios de corte universalista.⁴¹ Sin ellos estamos inermes ante los problemas realmente graves de nuestro tiempo que, como la crisis ecológica, la explosión demográfica o las controversias entre países, trascienden las fronteras de disciplinas científicas aisladas, intereses individuales o grupales delimitados o la perspectiva de una sola generación. Las modas del día, las señales del mercado, los presuntos requerimientos de las soberanías nacionales y todo criterio pragmático de utilidad no pueden conformar los únicos puntos de vista para comprender la realidad y actuar sobre ella. Concepciones cualitativas globalizantes son sencillamente imprescindibles para la dilucidación de asuntos de ética y estética —que, además, configuran esferas insustituibles para que el desarrollo no se reduzca a algo monstruoso, inhumano, frío e insatisfactorio—, para tratar adecuadamente el terreno de la política y para acercarse al campo de la cultura. También entre empresarios y economistas se abre camino la idea de que hay una diferencia fundamental entre el éxito y la excelencia: mientras el primero se circunscribe al área de lo cuantitativo y de corto plazo, la segunda se identifica con la calidad de la vida y los designios de largo aliento.⁴² A esta última dimensión pertenece el rescate de la religión,⁴³ de la cultura cotidiana preindustrial y de la solidaridad tradicional,⁴⁴ fragmentos civi-

lizatorios que pueden aún ser útiles para mitigar la marcha del pensamiento pragmatizado y tecnocrático de la modernidad más prosaica, en torno a la cual los enfoques posmodernistas extienden el cómodo manto del silencio, exhibiendo una clara complicidad con los fenómenos que dicen criticar.

El posmodernismo ha brindado notables aportes a la comprensión del pluralismo cultural y político, a la demolición de los grandes edificios dogmáticos y a la superación de las doctrinas del desarrollo histórico obligatorio. Pero es adecuado, por otra parte, recordar que el padre espiritual de este corriente, Friedrich Nietzsche, hizo resaltar la pobreza de toda filosofía que no traspase el campo de los intereses cotidianos y de la experiencia sensorial y que no se nutra de un impulso universalistas que es, después de todo, el alma de la metafísica occidental.⁴⁵

NOTAS

- ¹ Gonzalo Rivas, "Deuda externa, transnacionalización y el fin del ideal del desarrollo en América Latina", en: *Socialismo y participación*, núm. 54, junio de 1991, pp. 31-43.
- ² Cfr. entre otros: Juan Carlos Portantiero, "La múltiple transformación del Estado latinoamericano", en *Nueva sociedad*, núm. 104, nov.-dic., 1989, pp. 88-94 y otros ensayos en este número monográfico dedicado a la "tentación del Estado".
- ³ Cfr. la interesante discusión de un ejemplo contemporáneo: Ulrike Wolf, *Nationenbildung in Eritrea* (Formación nacional en Eritrea), *Maguncia: Universidad de Maguncia 1986*; Cfr. los clásicos: Karl W. Deutsch, William J. Foltz (comps.), *Nation-Building*, New York 1966; S.N. Eisenstadt, Stein Rokkan (comps.), *Building States and Nations*,

- 2 vols., Beverly Hills, Londres 1973; Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris: Calmann-Lévy, 1882.
- ⁴ Cfr. Carlos A. de Mattos, "Falsas expectativas ante la descentralización. Localistas y neoliberales en contradicción", en *Nueva sociedad*, núm. 104, nov.-dic., 1989, p. 120 sq.
- ⁵ Cfr. Galo Téllez-Rivero, *Anspruch und Grenzen der Bürgerbeteiligung im Planungsprozess. Eine theoretische Betrachtung* (Pretensiones y límites de la participación ciudadana en el proceso de planificación), Berlin: Universität Técnica de Berlín, 1991.
- Cfr. los excelentes ensayos de Hans-Jürgen Harborth, *Die Diskussion um dauerhafte Entwicklung (sustainable development): Basis für eine umweltorientierte Weltentwicklungspolitik?* (La discusión sobre el desarrollo sustentable: base para una política mundial de desarrollo orientada hacia el medio ambiente?), en: Wolfgang Hein (comp.), *Umweltorientierte Entwicklungspolitik* (Política de desarrollo orientada al medio ambiente), Hamburgo: Deutsches Uebersee-Institut, 1991, pp. 39-51; Harborth, *Dauerhafte Entwicklung. Harborth, Dauerhafte Entwicklung statt globaler Selbsterstörung. Einführung in das Konzept des "Sustainable Development"* (Desarrollo duradero en lugar de autodestrucción global. Una introducción al concepto del desarrollo sostenible), Berlin, Sigma, 1991.
- Cfr. opiniones críticas sobre el ecologismo provenientes de posiciones muy diferentes: Marcel Gauchet, *Sous l'amour de la nature, la haine des hommes*, en: *Le Debat* (Paris), no. 60, mayo-agosto 1990, p. 278, 280; David Gow, *Development of Fragile Lands: An Integrated Approach Reconsidered*, en: John O. Browder (comp.), *Fragile Lands of Latin America. Strategies for Sustainable Development*, Londres/Boulder: Westview 1989, p. 40; John Tierney, *Los recursos del mundo puestos a prueba*, en: *Facetas*, año 1991, núm. 4, 1994, pp. 60-65; William K. Reilly, *Crecimiento económico y mejoría ambiental*, en *Facetas*, año 1991, núm. 3, 1993, pp. 19-24; y los estudios críticos de Eduardo Gudynas, *Los ambientalistas ante las nuevas políticas ambientales neoliberales*, en: *Temas Clave/Claes* (Montevideo), núm. 1, diciembre de 1991; Fernando Mires, *Ecología y Desarrollo en América Latina*, en: ALAI (Quito), separata no. 146, diciembre de 1991.
- ⁸ Entrevista con Jacques-Yves Cousteau, en *El correo de la UNESCO*, vol. XLIV, noviembre de 1991, pp. 8-13.
- ⁹ World Commission on Environment and Development (comp.), *A our Common Future*, Oxford-New York, Oxford U.P., 1987; Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, *Transformación productiva con equidad*, en *Nueva sociedad*, núm. 108, jul.-ago. de 1990, pp. 38-45; Internacional Socialista, *Nueva misión para el movimientos socialista. Seguridad para el medio ambiente: supervivencia a largo plazo*, en *Nueva Sociedad*, núm. 104, nov.-dic. de 1989, pp. 62-73 y núm. 105, ene.-feb. de 1990, pp. 64-79.
- ¹⁰ *Nuestro futuro común*, Madrid, Alianza, 1988, p. 69.
- ¹¹ José Manuel Naredo, *La economía y su medio ambiente*, en *Ekonomiaz, revista de economía*, núm. 17, abr.-jun. de 1990, p. 15: "[...] por simples consideraciones físicas y de espacio, la hipótesis de un crecimiento indefinido es insostenible a la luz de la lógica matemática aplicada a los conocimientos geográficos y cosmológicos actuales [...]: el crecimiento de la población y sus consumos [...], referido al conjunto de la especie humana, no podrá ser nunca un proceso sostenido a largo plazo".
- ¹² Naredo, *Ibid.*, p. 16.- Cfr. también Herman E. Daly, *Towards Some Operational Principles of Sustainable Development*, en *Ecological Economics*, vol. 2, núm. 1, abril de 1990; Leopoldo Mármora, Dirk Messner, "ur Kritik eindimensionaler Entwicklungskonzepte (= Crítica a los conceptos unidimensionales de desarrollo), en *Vierteljahresberichte de Friedrich-Ebert-Stiftung*, núm. 124, junio de 1991, p. 177; T. Trainer, "A rejection of the Brundtland Report, en *IFDA Dossier*, núm. 77, mayo-junio de 1990; y la gran obra de José Manuel Naredo, *La economía básica del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI, 1987; cfr. también Amartya Sen, *Resources, Values, and Development*, Oxford, Blackwell 1984.
- ¹³ Harborth, *Die Diskussion...*, op. cit (nota 6), p. 51.
- ¹⁴ Sobre esta problemática tan compleja cfr. *Ecología política*.

- Cuadernos de debate internacional* (Barcelona), núm. 1, 1991; Bernhard Glaeser (comp.), *Ecodevelopment: Concepts, Projects and Strategies*, Oxford, Clarendon, 1984; Eduardo Gudynas, *The Search for and Ethic of Sustainable Development in Latin America*, en: J. R. Engel, J.B. Engel (comps.), *Ethics of Environment and Development*, Londres, Belhaven, 1990, pp. 139-149; David A. Crocker, *op. cit.* (nota 14); Denis Goulet, *Incentives for Development: The Key to Equity*, New York, New Horizons, 1989; Amartya Sen, *On Ethics and Economics*, Oxford, Blackwell, 1987.
- 15 Sobre esta temática cfr. W. M. Adams, *Green Development: Environment and Sustainability in the Third World*, Cambridge: Routledge 1990; Manfred Wöhlcke, *Umwelt- und Ressourcenschutz in der internationalen Entwicklungspolitik* (Protección al medio ambiente y a los recursos en la política internacional de desarrollo), Baden-Baden, Nomos 1990; para una visión diferente y crítica Cfr. Eduardo Gudynas, *Environmental Ethics in Latin America: in Search of an Utopian Vision*, en *Trumpeter. Journal of Ecosophy*, vol. 6, núm. 4, 1989, pp. 151-155.
- 16 Hans-Jürgen Harborth, *Oekologiedebatte und Entwicklungstheorie* (Debate ecológico y teoría del desarrollo), en Udo Ernst Simonis (com.), *Entwicklungstheorie - Entwicklungspraxis. Eine kritische Bilanzierung* (Teoría y praxis del desarrollo. Un balance crítico), Berlin, Dunker & Humblot 1986, p. 119.
- 17 Cfr. un compendio muy útil: Manfred Wöhlcke, *Umweltzerstörung in der Dritten Welt* (Destrucción ambiental en el Tercer Mundo), Munich, Beck 1987, p. 11 sq., 35.
- 18 Karin Stahl, *Tecnologie- und Wachstumsfetischismus und Oekologie in Kuba* (Fetichismo tecnológico y del crecimiento y ecología en Cuba), en Jörg Freiberg et al (comps.), *Dre Welten eine Umwelt* (Tres mundos un medio ambiente), Saarbrücken, Fort Lauderdale, Breitenbach 1984, p. 277, 284 ss.
- 19 Jean François Lyotard, *Oikos*, en Joschka Fishoer (comp.), *Oekologie im Endspiel* (Ecología en el juego final), Munich: Fink 1989, pp. 42-45; Bill McKibben, *El fin de la naturaleza*, México, Diana, 1990.
- 20 Existe un verdadero renacimiento de estudios científicos sobre la magia. Cfr. entre otros: H. G. Kippenberg, B. Luchesi (comps.), *Magie* (Magia), Frankfurt, Suhrkamp 1987; E. Broszinsky-Schwabe, *Swischen Magie und moderner Technik* (Entre la magia y la técnica moderna), Berlin, Dietz, 1987.
- 21 Rainer Albertz, *Schöpfung und Tabu. Oekologische Ethik aus theologischer Sicht* (Creación y tabú. Ética ecológica desde la óptica teológica), en Joschka Fischer (comp.), *op. cit.* (nota 19), p. 62 sq.
- 22 Hans-Jürgen Harborth, *Die Diskussion...*, *op. cit.* (nota 6), p. 45; Harborth, *Dauerhafte...*, *op. cit.* (nota 6, p. 39).
- 23 Este impulso crítico fue continuado perfeccionado por la teoría de Karl Marx, que tiene su porción más duradera y menos desautorizada por la historia en su tratamiento a las alienaciones producidas por el capitalismo. Algunos autores han estilizado a Marx como si hubiera sido el primer crítico de la modernidad y, por ende, el fundador del posmodernismo. Cfr. Michel Löwy, "La crítica marxista de la modernidad", en *Ecología política* núm. 1, 1990, p. 88. Dentro de la misma corriente se ha presentado a Marx como un ecologista *avant la lettre*: Iring Fetischer, *Ueberlebensbedingungen der Menschheit, Zur Dialektik des Fortschritts* (Las condiciones para la supervivencia de la humanidad. Sobre la dialéctica del progreso), Munich, Piper 1980.
- 24 André Berton, *Manifestes du surréalisme*, Paris, Gallimard 1969, p. 12 sq.
- 25 *Ibid.*, p. 14. Los escritos teóricos de André Breton sobre el surrealismo son una curiosa mezcla de intuiciones brillantes, un estilo claro y elegante, charlatanería tediosa y larguísimas elucubraciones exentas de todo valor intelectual o literario. Lo que no es extraño en teorías y autores consagrados profesionalmente a celebrar la ironía y las sutilezas, pero que carecen de *common sense* y de sentido del humor.
- 26 Sobre los complejos vínculos del surrealismo con el psicoanálisis de Sigmund Freud y los paralelismos con la crítica al progreso originada en la Escuela de Frankfurt, c.f. Volker Zotz, *André Breton*, Reinbek, Rowohlt, 1990, pp. 59-64.
- 27 Sobre el posmodernismo en cuanto radicalización de la modernidad, Cfr. Gianni Vattimo, *Das Ende der Moderne* (El fin de la modernidad), Stuttgart, Reclam 1990, p. 8, 180 sq.
- 28 Richard Rorty, *Solidarität oder Objektivität? Drei philo-*

- sophische Essays* (¿Solidaridad u objetividad? Tres ensayos filosóficos), Stuttgart, Reclam, 1988, p. 5 sq.; Rorty, *Contingency, Irony and Solidarity*, Cambridge: Cambridge U.P., 1989; Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton: Princeton U.P., 1979.
- ²⁹ Gianni Vattimo, *op. cit.* (nota 27), p. 29.- Y lo sin sentido pierde, según Vattimo, el patetismo de las grandes fundamentaciones de la filosofía tradicional.
- ³⁰ Cfr. David Slater, *Theories of Development and Policies of the Postmodern, Exploring a Border Zone*, Amsterdam, Institute of Social Studies, 1991; I. Chambers, *Border Dialogues - Journeys in Postmodernity*, Londres, Routledge, 1990, p. 109; Ernesto Laclau, *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres, Verso, 1990, p. 189.
- ³¹ Cfr. Anibal Quijano, *La nueva heterogeneidad estructural de América Latina*, en Keinz R. Sonntag (comp.), *Nuevos temas, nuevos contenidos?*, Caracas, Unesco-Nueva sociedad 1989, pp. 29-51.
- ³² Jean-François Lyotard, *Betwortung der Frage: Was ist postmodern?* (Respuesta a la pregunta: ¿Qué es lo posmoderno?) en Peter Engelmann (comp.), *Postmoderne und Dekonstruktion* (Postmodernismo y deconstrucción), Stuttgart, Reclam, 1990, p. 48.
- ³³ Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, FCE, 1990, p. 157: “[...] tal vez el problema central de la sociedad moderna sea asegurarse de su identidad, o sea cerciorarse de ‘sí misma’, en tanto sociedad [...] Sin escapatoria posible, la sociedad moderna está inexorablemente autorreferida. Ello explica tanto la dinámica incesante con la que intenta identificarse a sí misma como la sensibilidad extrema con que reacciona a toda amenaza eventual de su auto-imagen”..., p. 105, 113, 174.
- ³⁴ David Slater, *op. cit.*, (nota 30), p. 11.
- ³⁵ Lechner, *op. cit.* (nota 33), p. 112.
- ³⁶ *Ibid.*, p. 112 sq., 118, 175 sq.
- ³⁷ Cfr. Volker Zotz, *op. cit.* (nota 26), p. 10, 139.
- ³⁸ Gianni Vattimo, *op. cit.* (nota 27), p. 30 sq., 41.
- ³⁹ Richard Rorty, *Solidarität...*, *op. cit.*, (nota 28), p. 5 sq., 14.
- ⁴⁰ *Ibid.*, p. 70, 108.
- ⁴¹ Cfr. el número monográfico de *Dialogue and Humanism. The Universalist Quarterly*, vol. I, núm. 1 (1991). Una de las mejores obras críticas sobre el posmodernismo es el volumen compilado por Peter Kemper, *“Posmoderne” oder Der Kampf um die Zukunft* (“Posmodernismo” o la lucha por el futuro), Frankfurt, Fischer 1988.
- ⁴² Juan Guillermo Espinoza, *Otro desarrollo, otra vida. Fin de la civilización del egoísmo?*, en *Nueva sociedad*, núm. 98, noviembre-diciembre de 1988, p. 78.
- ⁴³ Esto se refiere obviamente a los aspectos más o menos razonables de la religiosidad y no a los numerosos elementos totalitarios, colectivistas e irracionales de la herencia ibero-católica, que impiden una visión laica de la política y una concepción individualista del orden sociopolítico. Cfr. Norbert Lechner, *Los patios...*, *op. cit.* (nota 33). Sobre esta temática cfr. la interesante obra de H. P. Müller et al., *Kulturelles Erbe und Entwicklung: Indikatoren zur Bewertung des soziokulturellen Entwicklungsstandes* (Herencia cultural y desarrollo: indicadores para la evaluación del desarrollo socio-cultural), Munich: Weltforum 1990, p. 131; Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984, *passim*.
- ⁴⁴ Acerca de la complejidad de esta temática cf. Georg Elwert, *Die Element der traditionellen Solidarität* (Los elementos de la solidaridad tradicional), en *Koelner Zeitschrift fuer Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 1980, núm. 4, pp. 681-704; sobre los relictos aristocratizantes en algunas formas del folklore y la literatura latinoamericanas Cfr. José Joaquín Brunner, *Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana*, Santiago de Chile, FLACSQ 1990, p. 28. Cfr. también Brunner, *El espejo trizado. Ensayo sobre cultura y políticas culturales*, Santiago, FLACSQ 1989; Brunner, Gonzalo Catalán, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago, FLACSQ 1985, p. 25 sq.
- ⁴⁵ Friedrich Nietzsche, *Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen* (La filosofía en la era trágica de los griegos), en Nietzsche, *Studienausgabe* (Edición de estudio), compilación de Hans Heinz Holz, Frankfurt, Fischer

1968, vol. I, p. 127, sqq., vol I, pp. 144-146. Sobre Nietzsche escribió L. S. Klepp, "Él advirtió que si se suprime la posibilidad de llegar a la verdad objetiva por medio de la razón, se destruye el cimiento común del acuerdo racional en que se basa la política democrática liberal. Se abandona

la plaza, primero frente a la propaganda y los llamamientos irracionales, y después ante la fuerza", L. S. Klepp., *Richard Rorty: filósofo de la pradoja*, en *Facetas*, año 1991, núm. 4 (94), p. 49.